

# Sobre los sabores del mate y el recuerdo de mi abuela

*Alberto Julián Adalid Melgar\**

Es muy natural que una persona argentina tome yerba mate, ya que así se acostumbró a hacerlo desde sus primeros años; creció viendo a su madre y a su padre poner agua y sorber por la bombilla una y otra vez. Seguramente desde niño pudo probarlo, y con el tiempo los sabores se fueron recubriendo de sensaciones que iban mas allá de la boca, brincaban las papilas y se inscribían como huellas dentro de la mente. Los momentos placenteros alrededor del mate fueron haciendo que tomara un sabor cálido, la asociación del momento y el té remarcaron las huellas, y así se formó un gusto que se transformó en hábito.

Mi abuela, mexicana como yo y como toda mi familia, me regaló su mate cuando yo tenía 15 años, ni ella ni nadie lo usaba o lo había usado. Lo había comprado cuando viajó a Argentina hacía mucho tiempo a manera de *souvenir*. Es una calabaza chiquita que hace juego con una bombilla recta, la cual está redondeada por unos adornitos de cobre verdoso, los cuales dejan ver su edad; hasta la fecha, estrellado y viejo, sigue pareciendo tan bonito como cuando me lo dio.

En mi tercer año de secundaria, no entendiendo cuál era su uso y su posible significado, tomé la idea de hacer uso de él y me propuse encontrar un lugar en donde pudiera comprar la yerba para poder usarlo; la familia se refería a ella como horrible, amarga y que producía una serie de incomodidades estomacales, no hice caso de ninguna de las ideas y cuando la encontré comencé a usarlo. Nunca supe cómo curarlo y desconocía las proporciones de agua y yerba que debía usar. Guardé un poquito de ella en un frasco chiquito, lo metí en la mochila y me fui a la secundaria

\* Psicólogo. Egresado de la Licenciatura en Psicología de la UAM-Xochimilco.

dispuesto a prepararlo y beberlo. Me resulta chistosa la manera despreocupada en que lo hice, no sabía cómo usarlo, había caído en mis manos y no tenía Internet para averiguar de qué se trataba, sin embargo encontraba en todo el juego-ritual, una serie de satisfacciones que me hacían sentir muy bien, más allá de lo que dijera mi familia. No tenía idea a qué sabía, y sin embargo ahí estaba yo, pidiéndole a una secretaria argentina que me regalara agua caliente, detrás del mostrador de la dirección, para tomarlo. Ella me explicó lo primero de lo que ahora recuerdo de cómo curar y proporcionar la yerba con el agua.

Y así comencé a depositar huellas en torno al sabor y a los momentos que pasaban, todos acompañados de la imagen de mi abuela, todos momentos muy placenteros. Sorbía y lavaba la yerba, y reencontraba en el momento, como lo hacen en China, en Inglaterra y en muchos más lugares de la tierra, cada uno con su yerba, cada uno con su ritual, una sensación de paz y de compañía que probablemente todos hemos experimentado alguna vez.

El mate fue usado y rehusado, hasta que se cuarteó y pidió su descanso, su jubilación ocurrió a lado de la cabecera de mi cama.

En otro momento conocí a Roberto mientras pasaba tiempo en Puerto Escondido, Oaxaca. El mate, para entonces, se había convertido en un recuerdo: la bombilla permanecía inmóvil junto a él, ella un poco más verdosa y él en su descanso atemporal. Argentino, tomaba mate cuando entré a su posada de adobe, toda llena de plantas. Andaba de arriba abajo en una silla de escritorio con rueditas, empujándose únicamente con su pierna izquierda y dirigiendo el hotelito, accediendo al primero y segundo piso, ayudado de un malacate, en una maniobra cuasi suicida. Una amistad que hasta la fecha recuerdo con alegría, surgió después de unas horas de platicar, las cuales se trasladaron todas a las mañanas a lo largo de todo el mes que permanecí ahí. Tomábamos el mate a eso de las 7:30 de la mañana, discutiendo las acciones presidenciales, el periódico, la gente, las mujeres, los surfistas, los intelectuales, su esposa, los amantes, el Che, Baricco, los hoteles, los inmigrantes, Argentina, etcétera. Siempre nos quedábamos con algo más de qué hablar, siempre una cosa más que discutir.

Fue entonces cuando conocí la delicadeza de su preparación, la manera en la que se deposita el chorrillo de agua desde la boca del termo, la

decoloración y lo insípida que se vuelve la yerba, más rápido si se toma entre dos, el papel que juega la baba, la saliva en el ritual, como si fuéramos la misma boca que habla y bebe, la exaltación de los temas y la risa conforme pasan los minutos. Después cada uno volvía a su realidad: para entonces eran casi las 12:00.

Afuera de la catedral de La Paz, saliendo, justo a mano izquierda, están ubicados los dos únicos puestos en toda la ciudad donde se pueden comprar “poros”: nombre que toma la calabaza, el mate, en Bolivia. Conozco dónde están porque pasamos la mitad de un día lleno de sol buscándolos. Después de que el mate de mi abuela perdiera su uso, el hábito tuvo que ser llevado a cabo en una taza de café, algo que resulta además de poco romántico, incómodo, ya que una de las ventajas que tiene tomar la yerba en un mate, o “poro”, es que resulta más difícil que se derrame, además de que el calor se conserva mejor, sin embargo, el recuerdo seguía surgiendo no obstante el contenedor de la yerba, siempre mi abuela.

Un mexicano cuya única influencia argentina estaba depositada alrededor de un *souvenir*, decidió beber mate. Primero desde la secundaria, en donde los momentos acontecieron de manera rústica, donde todo era nuevo, todo lo que acompañaba a los sabores del mate, todas las acciones, las palabras y los momentos eran una novedad. Después, la transición a la taza y el reencuentro con él en lo lejano, el refinamiento del ritual y el aprendizaje de nuevos sabores, sabores de palabras y de mar; y después la búsqueda, como buscando un grial, para encontrarme con él tan lejos.

Así, se fueron sucediendo los momentos que convirtieron al mate en un hábito, pudiéndome acostumbrar a los nuevos sabores que se generaban de acuerdo a las situaciones que elegía para probarlo; es decir, en el ámbito de los sabores todo está permeado por un cambio a veces muy sutil: por un lado, podemos encontrar la manera de incorporar a nuestra enciclopedia de sabores aquellos que no conocemos, siempre y cuando estén acompañados de los momentos correctos, los momentos que harán de ese nuevo sabor una huella linda en la mente. Pero además, por el otro, podemos, una vez encontrados los momentos de un hábito, hallar la manera de sustituir o suprimir los sabores que acompañan, los sabores que conviven con nosotros, los sabores que nos tienen atados a ellos para sugerirnos otros que desconocemos. Las huellas pueden ser sustituidas si

conocemos los momentos de los sabores acompañantes, y nuevas huellas pueden ser depositadas si encontramos los momentos correctos. Sin embargo, también hay sabores que se dan al olvido, y otros que se dan en el olvido. Momentos y sabores o sabores y momentos, son todos llenos de afectos y de recuerdos; fueron, y serán todos, momentos de mi abuela.